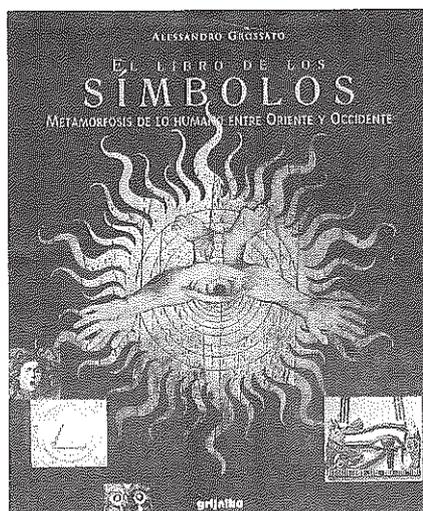


- GROSSATO, Alessandro: *El libro de los símbolos. Metamorfosis de lo humano entre Oriente y Occidente*, Barcelona, Grijalbo, 2000.

Raúl Luque Ramírez

Desde los anales de la historia las distintas civilizaciones que han poblado los territorios que se expanden a lo largo de la superficie terrestre han manifestado su contexto vital, con todo lo que ello conlleva, a través de símbolos. Hegel, en *La forma del arte simbólico* había apuntado la importancia del símbolo en el desarrollo del arte, donde este, análogo al signo, debía presentar una interrelación entre la forma y el contenido. Posteriormente, Ernst Cassirer en su *Filosofía de las formas simbólicas*, afirma la existencia de un sistema de símbolos creados por el propio hombre, como único medio para hacer frente a los avatares de la realidad. Ambas teorías son la base para el posterior desarrollo del método iconológico de Aby Warburg, así como los pilares sobre los que se asienta parte del contenido de *El libro de los símbolos*.

Grossato, antes de indagar en sus teorías iconológicas, defiende la hipótesis de una relación histórica y cultural de los pueblos asiáticos y europeos, apoyada en las doctrinas de la escuela morfológica alemana de fines del siglo XIX, que señalaba la existencia de zonas culturales contiguas con características somáticas comunes. Este aspecto verifica, según Grossato, la existencia de un contacto directo entre Oriente y Occidente



que desembocará en un intercambio de símbolos que, adaptados a distintos contextos, van a tener un nexo de unión a través de su análoga representación y significado. Todo este intercambio de imágenes fue posible gracias a las distintas rutas comerciales, entre las que destacan la de la Seda, que unía China occidental y el Mediterráneo oriental; la Escítica, entre China septentrional y el Ponto Euxino; y la de las Especias, que se extendía entre Indonesia y las costas del mar Arábigo.

Las representaciones de figuras con carácter antropológico se remontan a las civilizaciones prehistóricas y, aunque su materialización y ejecución pueden estar asociadas a lo que hoy día conocemos por arte, su razón de ser, según Grossato, se debe extrapolar a las concepciones mágicas del universo. Así, derivado de este carácter fantástico de la realidad, las propias figuras morfológicas se combinaban con representaciones metamórficas que daban lugar a infinitas variaciones de un mismo tema.

Por tanto, en *El libro de los símbolos* nos enfrentamos, como señala Elémire Zolla en el prefacio, a un diccionario de símbolos que sigue, con ciertas variantes, el estudio que Juan Eduardo Cirlot publicó bajo el título de *Diccionario de símbolos tradicionales*. Además, Grossato presenta una estructura interna muy cuidada y exhaustiva basada en una clasificación en ocho capítulos de las formas y las partes tanto de los cuerpos animales y humanos, como de las múltiples transmutaciones que estos pueden sufrir. Todo ello, se completa con un glosario de los principales términos sánscritos que facilita la comprensión de un complejo vocabulario de raíz oriental.

El primer capítulo está dedicado a la lectura del cuerpo, con ello se pretende ofrecer una interpretación simbólica de las extremidades, la boca o el rostro del organismo humano. Estas hipótesis se conjugan, y es algo que se hace extensible al conjunto del libro, con unas magníficas imágenes que ejemplifican lo que en el texto se está abordando. En este apartado, además de la lexicografía corporal, se incluyen varios aspectos referidos al tema mitológico de las gorgonas, donde se muestra las diferentes interpretaciones que de este motivo han mostrado las distintas civilizaciones, así como un apunte sobre el *yoni* y el *lingam*, representantes en las culturas de oriente de los órganos sexuales del hombre. Éstos, según Grossato aparecen en las representaciones más ascentrales identificados bajo signos fálicos como el menhir de Filitosa o el dios Min egipcio.

El segundo capítulo, de menor extensión que el descrito anteriormente, se destina al análisis iconográfico de las dio-

sas negra y blanca, de la virgen purpúrea y de las tres gracias y las tres brujas. En este repertorio de imágenes se puede apreciar las diferentes interpretaciones marcadas, en la mayoría de los casos, por la religión. A pesar de ello, la materialización y los atributos de las figuras suelen guardar relaciones iconográficas a pesar de su distanciamiento territorial e ideológico.

Las diversas deformidades que han sufrido las figuras a lo largo de su historia es un aspecto destacado, y como tal, se le presta una especial atención en el cuerpo del libro. Por ello el tercer capítulo se compone básicamente de una descripción detallada de las principales malformaciones iconográficas representadas, entre otras, a través de los bicéfalos, la diosa sin cabeza, los tricéfalos, la polioftalmia, los demonios acéfalos, el tercer ojo y el ojo único. Todos ellos vierten al contexto cultural su propia significación, asentada en los preceptos ideológicos de las civilizaciones donde fueron concebidos y materializados. Así, la figura de la diosa sin cabeza es símbolo de la función generadora de la mujer en la India, mientras que en Occidente su significado se ha reducido a la imagen de las santas cristianas decapitadas.

Los aspectos concernientes a la anamorfosis y a las transmutaciones vegetales ocupan un lugar reducido en el texto. Estos dos temas, que ocupan el cuarto y el quinto capítulo, se concentran en la descripción de cualidades extraordinarias, en el caso de la anamorfosis, basadas en el alargamiento del conjunto corporal o de una de sus partes, en la representación de seres enanos, gigantes o gnomos para plasmar el ámbito psíquico de ca-

da una de las figuras. Por su parte las transmutaciones vegetales plasman la simbiosis entre lo humano y lo vegetal, como son los casos de los hombres árbol, el hombre "florido" o el llamado "rostro verde". El nacimiento de este fenómeno deviene de las modalidades primitivas de vida, donde la condición fundamental de la existencia se reducía a las interrelaciones del hombre con el reino vegetal.

El sexto capítulo, dedicado al desarrollo de las transmutaciones animales es, por extensión, el más destacado. En él se recogen un gran abanico de ejemplos que van desde la plasmación más palmaria del minotauro hasta las figuras de los hombres puerco o los invertebrados antropomórficos. Según Grossato, y relacionándose con las transmutaciones vegetales, estas representaciones responden a un significado psíquico. Aunque apunta en ellas la existencia de una empatía espiritual por parte del hombre que lleva a establecer una jerarquía de valores que rozan el esoterismo y que arranca con la figura del más humilde de los invertebrados hasta culminar con la nobleza de los pájaros. En ese recorrido ascensional se encuentra múltiples figuras inmersas, entre las que se encuentran los murciélagos, las arpias, los ogros, las pitonisas, los hombres unicornio, los hombres-ciervo, los hombres-águilas, los ángeles-ave fénix y los ángeles-cisne.

El séptimo capítulo, dedicado a las transmutaciones hipercompuestas destaca por su especial simbología. Así, las llamadas figuras "omniformes" poseen un carácter positivo, pues en sus atributos se apuntan aspectos de la divinidad suprema como se observa en la plasmación

de la pura luz indeterminada. A diferencia de esta, los conocidos por el sobrenombre de "grillos" tienen una cualidad negativa de la espiritualidad humana. Estas representaciones nacen en la Antigüedad, y se caracterizan por exhibir un componente antropomorfo, reducido en la mayoría de los casos a una cabeza o a un rostro, mientras que en el resto del cuerpo se combinaban distintas especies animales y vegetales.

*El libro de los símbolos* culmina su extensión con un último apartado dedicado a las representaciones de la luz como ente informe, donde los límites del simbolismo antropomorfo se confunden y se conjugan con multitud de figuraciones que van desde las primeras plasmaciones solares, las áureas de luz y los nimbos lunisulares hasta el rayo globular procedente del arte budista *Vajrayana*. Por tanto, de una mera transmutación hemos pasado a una Metamorfosis pura que huye de hibridaciones corporales y se centra en la propia esencia lumínica, reflejo del poder espiritual del ser humano.

A modo de cierre debemos señalar, como apuntábamos al principio de nuestro escrito, la acertada estructuración temática que presenta *El libro de los símbolos*, pues de las figuras terrenales del cuerpo humano se establece un recorrido que culmina con la representación celestial de la luz. Otro aspecto reseñable es, además de la calidad y funcionalidad ilustrativa de las imágenes, el exhaustivo estudio de los atributos que acompañan a las figuras tratadas durante su existencia para establecer unos parámetros comunes de su representación en culturas tan alejadas como la Oriental y la Occidental.